

En el tiempo

Señales de huellas y as

EDUARDO GARDUÑO

En el húmedo lado, entre brotes de trigo salvaje y Diente de León, descubrí una huella. Mi conciencia no podía discernir si era huella de animal o de humano. Era una señal, un rastro y vestigio de memoria, algo grabado en el ánimo. Después identifiqué la impresión que deja en la tierra mojada el pie de un hombre.

El mundo se inició nuevamente, el mundo humanizado en aquel girón de memoria, sello, figura quieta en su movimiento, origen. Tierra y agua para reflejar el cielo, cuenco y matriz... en el principio fue la impronta.

Ya habría tiempo para que mi alma, aún sin abrir, captara los alcances de esa iluminación. Cuando llegué a la orilla del agua, una serpiente que saciaba la sed huyó dejando su ondulante rastro, una quinteta de ándes volaba en formación punta de flecha, las garcetas dormitaban entre los jutillos y sus largas patas y curvos cuellos formaban elegantes diseños. Todo alrededor parecía articular una secreta y viviente escritura de la que sólo acertaba a leer sus adjetivos... ¡Magnífico, suntuoso, pleno, lujuriente!

Quizá la cúpula celeste acentuaba la primacía de la curva o tal vez esta se sometía a la ilusoria tensión del

horizonte, casi recto sobre la iridiscente superficie del agua.

Pasos adelante un niño trazaba un círculo con su vara de Sauce o de Fresno. Ya dentro del círculo el niño cantó una alegre tonadilla de la Canción de los Caballos: *Bello es el caballo bayo/ Pero cien veces mejor/ Es el mío alazán/ Veloz como una gaviota.*

El niño borró con el pie una parte del círculo y corrió tras un potrillo recién desdentado que buscaba a su madre con relinchos y bufidos. Llegué hasta el círculo roto, recogí un puñado de tierra y marqué mi cara, brazos y torso.

Al día siguiente, durante el regreso, seguía bajo el encantamiento del día anterior. El avión descendía para iniciar su gran curva sobre la ciudad de México, antes de aterrizar. La última luz del ocaso desapareció cuando cruzamos una espesa capa de nubes, de pronto un lago de estrellas o un manto de luciérnagas se extendió en la oscuridad y el zumbido de las turbinas hundía sus metales en la noche, en una rítmica monstruosa y en contrasentido armónica. Sí, armonizaba con el resplandor eléctrico y me introducía en la colmena luminosa que, a la distancia, parecía calmada. Hacia el Oriente las nubes abrieron paso a una luna creciente.

Al llegar a mi estudio fui directamente al librero y saqué un libro; lo abrí y allí estaban las imágenes que agitaron mi alma estos días. Aborígenes del África Central, de la Amazonia, de Australia y del noroeste mexicano pintaban sus cuerpos con tierra y agua; otros observaban las huellas de animales salvajes para establecer la distancia y la dirección de su encuentro. Los textos, que acompañaban las imágenes, arriesgaban la idea de que en la pintura corporal y en las representaciones pictográficas de hace veinte mil años (¿o cincuenta mil?) se encuentra la matriz de la que surge el arte simbólico decorativo y lo que ahora llamamos arte plástico, generalmente. ■